

POR LA *Yuelia que dejaron...*



POR LA HUELLA QUE DEJARON...

SERGIO VILLAR

**ARTISTA MULTIPLE:
MUSICO, DIBUJANTE,
PINTOR Y POETA.
SE DIO TODO AL
AMOR DE LA TIERRA**

DEJANDO una estela luminosa, hizo Sergio Villar su paso fugaz por este mundo. Esa estela fue su huella, que perdura en sus canciones, en sus cuadros, sus dibujos, sus versos. Todo sirvió a este artista múltiple, para expresar su intenso amor a la tierra. Su vocación fue irreversible. Y permanente. Desde niño, se aficionó a lo argentino. Gustaba, cuando tenía 9 años, de las escasas muestras que por aquel entonces ofrecía Buenos Aires en materia de canciones de la tierra. Poco después, se abrazó a la primera guitarra y siguiéndola por música, se convierte en un buen ejecutante cuando sólo tenía 14 años de edad.

Sonaba con la montaña. Había nacido en Buenos Aires, el 27 de noviembre de 1914. Sus paseos al campo lo eran a la zona llana. La pampa le dio la primera mano para conducirlo hacia el amor a la tierra que debía ser objeto y fin de su vida.

Entra a la Academia Nacional de Bellas Artes. El trazo ágil de su lápiz, la línea segura, lo hubieran convertido en un gran retratista. Pero el retrato, la pintura y el dibujo fueron para él sólo elementos subsidiarios con que habría de servir a su pasión esencial: la música.

De la guitarra, pasó al piano, luego al charango. Y más tarde habría de encontrar en todos los instrumentos el secreto que los hace entregarse al hombre que los ejecuta. Desde la caja, que precisa una difícil percusión matemática para ser bien servida, hasta la quena, que necesita el sortilegio de una digitación lúbrica con lo mágico y una armonía entre oído, boca y dedos, todos los ins-

trumentos se entregaron dóciles a la poderosa capacidad de este muchacho.

Pasada su infancia, que vivió en estado de pasión por las cosas de la tierra gaucha, entró en la adolescencia. Trató de hallar amigos. No tuvo que hacer mucho esfuerzo. Era de un carácter cordial. Siempre sonriente, su franqueza era permanente, como la franqueza de un niño.

Por aquella época se había enamorado del charango. Ejecutaba en él, con maestría de coya. Tocando charango, lo conocieron Cacho Zaldívar y ese gran músico Eduardo Cava. A ambos les llamó la atención, más que la técnica del joven ejecutante, su fervor por lo que ejecutaba.

Frecuentó la amistad de estos dos primeros amigos que habían de iniciarlo en el culto del folklore argentino; ya en carácter profesional.

Más tarde, conoce a otro de los hombres que dejaron huella en el andar por los rumbos de la música nacional: Manuel Acosta Villafañe.

El primer conjunto en que intervino como profesional, tenía como compañeros tuyas nada menos que a Manuel Acosta Villafañe, Cacho Zaldívar y Roberto Abalos, quien poco después pasaría a integrar con sus hermanos el conjunto que lleva su nombre.

Todos lo querían. Voluntarioso, servicial, con un concepto formado acerca de la amistad y de la disciplina, Sergio Villar fue al mismo tiempo que acendrando su vocación musical, formando su carácter.

Llega para él su día soñado: el del viaje al noroeste argentino. Su primera estada es de tres me-

ses. Recorre ávidamente los caminos de piedra en las tan amadas montañas. Va a los pueblecitos, oye a los rústicos músicos de la montaña, junto a ellos, viéndolos tocar, depura su propia técnica.

Se pasa las horas, en las tardes y las noches, junto a los arroyos, oyendo la canción del agua, que en aquellos parajes no es simple metáfora sino una realidad hermosa y elocuente. Oye también el viento. Y aprende que del agua y el viento, aprendieron los pájaros su propia canción. Todo ello se mezcla en la emoción de nuestro joven artista. Su viaje se alarga más allá. Llega hasta Bolivia. Se empapa de atmósfera indígena. Toma apuntes con su lápiz y trae centenares de motivos que han de servirle aquí para ilustrar sus trabajos en sus álbumes. Y aun hará hacer las viñetas de sus artículos cuando ejerce el periodismo, a su regreso de las tierras altas.

Poco más tarde ha de cumplirse otro sueño. Juntamente con Gigena, ha de formar el dúo Villar-Gigena y casi en seguida, agrandando el horizonte, consti-

tuirá su conjunto "Cantos y Leyendas", que habría de colocarse en primera fila entre las agrupaciones musicales que dedicaban sus actividades a ejercer lo nativo.

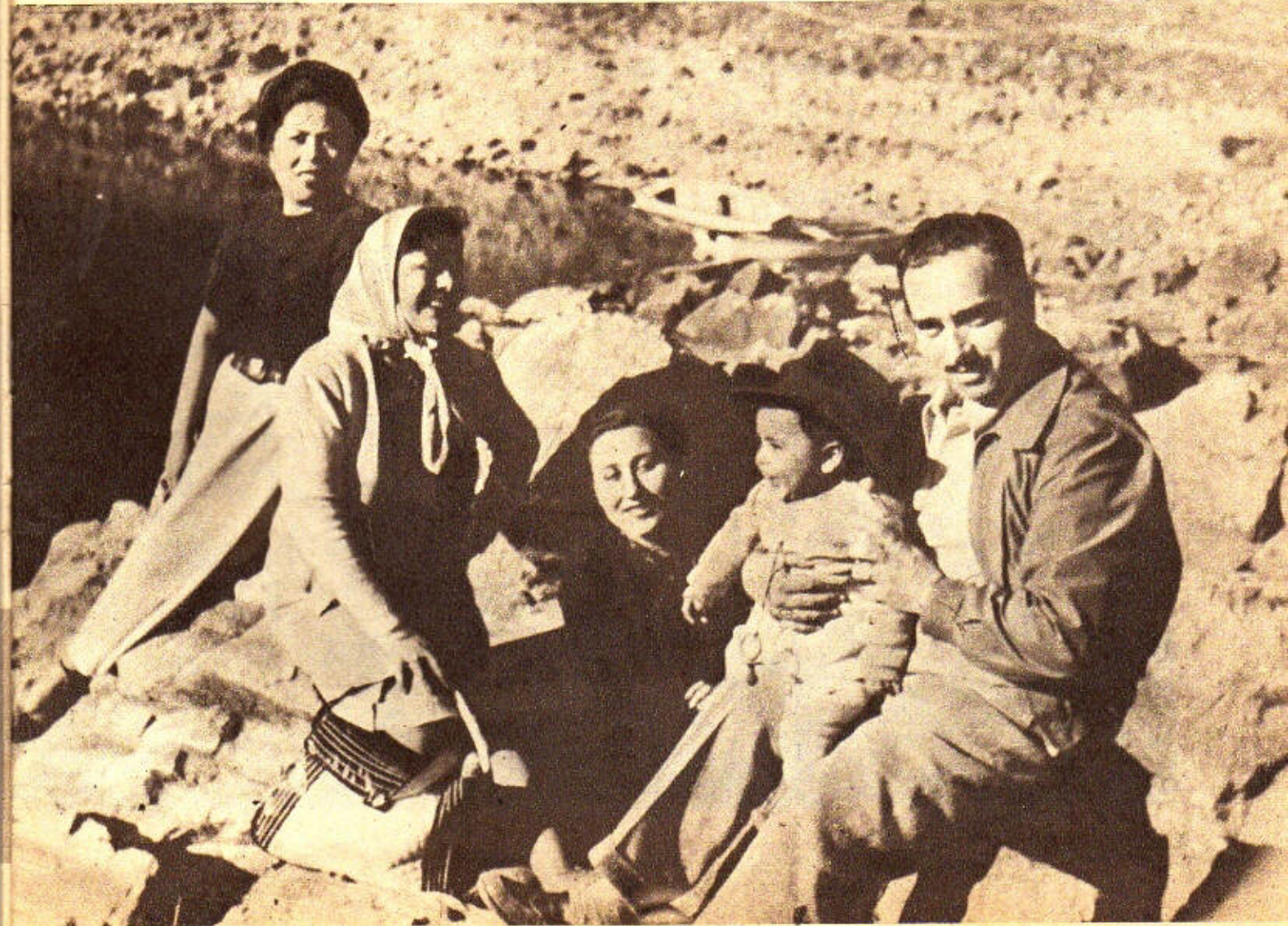
"Cantos y Leyendas" actúa en las principales emisoras del país

y logra una de las mayores audiencias obtenidas hasta entonces por conjuntos del género.

De sus andanzas por Bolivia, trae el Takirari, una alegre música indígena que también se toca en Jujuy, en las zonas más altas de la quebrada de Humahua-

ca. El Takirari habrá de incorporarse.

Trabajador inagotable, a tiempo que cumple con los horarios de ensayos y actuaciones, se dedica a la creación. Zambas, gatos, chacareras, villancicos —mediante los cuales acerca hacia lo in-



*Sergio Villar descansando.
Junto a su esposa y a su hijo,
a quien tiene en sus brazos.*

POR LA HUELLA QUE DEJARON...

dígena el acento musical hispano— cuecas, canciones, surgen de su imaginación fecunda y fértil. No se limita sólo a las cosas del noroeste. Abarca todo el ámbito nacional. Su ductilidad lo hace entrar en el espíritu de lo coya como en lo litoral, guaraní o en lo cuyano.

En 1948 publica su primer álbum de "Cantos y Leyendas" con diez canciones, la mayor parte de las cuales tiene música propia. Ahí figura "La donosa", una zamba que sigue en vigencia y que ya está incorporada a la antología de las mejores cosas nativas.

Para que su hogar sea un templo totalmente consagrado a su pasión, se casa con una muchacha jujeña, cantante con hermosa voz de soprano. Es Isa Miranda, a la que él bautiza con el nombre indígena de Huarahuara, que en aymara significa estrella.

Huarahuara —esta es la grafía que da el P. Mossi, aunque otros escriben Wara-Wara como si fueran dos voces gemelas— se convierte en su compañera y auxiliar. Voz hermosísima que se su-

ma a las voces del dúo Juárez-Quiroga y también a la de Berta Miranda, hermana de Isa.

Hace música, escribe, sin olvidar su vocación por la plástica. Dibuja y pinta, pero en menos intensidad que hace música.

Su hijo ha heredado la vocación plástica de Sergio Villar y también su amor a la música. Es ya adolescente en quien asoma la voluntad de ser alguien. Trabaja con el respaldo de amor de la madre, y ya apunta como un valor que ha de concretarse a plazo breve.

Sergio Villar, asienta sus reales y su hogar en Buenos Aires. Sin ser revolucionario, quiere que la música nativa tome otras sonoridades. Y crea entonces su Banda Criolla. Es una banda a base de bronces, en que la caña de las quenenas y la madera de las tarkas indígenas es reemplazada por el bronce de los pistones y los clarinetes.

No cambia el espíritu de la música. Modifica solamente su expresión física.

Resulta así, como lo dijo un

crónista comentando la presentación de la Banda Criolla, "una imposición de los sonos diáfanos, inyectando en el espíritu de los oyentes y danzarines una música veraz y emocionada, al tiempo que jocunda y dominante. Es el folklore, que se pone al compás con el tiempo nuevo. Es la organizada y señera música de América que se transporta de los humildes instrumentos aborígenes a los instrumentos nuevos. Ni más ni menos de lo que han hecho los músicos cultos de Europa cuando se inspiraron en el folklore para construir esas catedrales de la música que son ya eternas en la cultura de la humanidad".

En el disco está importalizado ya el acento de Sergio Villar. Y está su obra en los varios álbumes en que recopiló casi todo su trabajo. Su música, sus versos, sus dibujos, quedan como testimonio del que dio todo su amor a la tierra en lo que ésta proporciona de motivos para una liturgia como la creada por los hombres que dejaron huella...

J. R. L.



En una de sus giras por el interior del país, vemos al inolvidable Sergio Villar, con su conjunto, donde cantaba Wara Wara, su esposa.



Sergio Villar en una foto tomada cuando el quenista Arnoldo Pintos integraba su popular conjunto.

PALOMITAY

ZAMBA

I

Amanecen los cerros,
cantan las aves, aquí y allá.
Amanecen tus ojos
enamorado, palomitay.
Zamba de los pañuelos
cántale siempre aquí y allá.
Háblame de un carlino
que vive ausente, palomitay.
Luz de lucero,
flor de la tuna,
Vuelve prontito
no te olvides del pago
ni del changuito, palomitay.

II

Revoleando el pañuelo,
bailando zambas, aquí y allá,
me sostiene la fuerza
de una esperanza, palomitay.
Amanecen los cerros
cantan las aves, aquí y allá,
amanecen tus ojos
para olvidarme, palomitay.
Luz de lucero
flor de la tuna
dónde te has ido.
Me persiguen constantes
tus ojos lindos, palomitay.

Letra y música de:
SERGIO VILLAR

CUECA DEL RELOJ

I

Brilla cual luna plateada
la espera pintada del reloj,
Bis (donde palpita el tiempo
(latiendo en su propio corazón.

Pasan las horas trotando
los días girando a su compás,
Bis (cual si fuera bailando
(marcando la cueca al repicar.

¡Don. din, don din!
Don, din, don...
Bis (El viento va silbando
(llevando la voz del carillón

II

Mientras la noche rendida
se tiende dormida en el trigal
Bis (las horas pasajeras
(soñando quisieran descansar

Pero se alejan volando
y sin poder detener su andar,
Bis (el tiempo va llevando
(sus pasos arriando sin cesar.

Música de: SERGIO VILLAR
Letra de: OSCAR VALLES



POR LA HUELLA QUE DEJARON...

AMO a la tierra. Amó a los niños. Amó a la canción. Su vida, fue vida de sembrador. Y su muerte hace el oficio de semilla, pues todo cuanto Manuel Acosta Villafañe creara en su larga actividad, sigue viviendo y creciendo al amor de los que, como él, aman lo hermoso que la tierra entrega.

Nacido en los primeros años de este siglo, era un chico todavía cuando caja y guitarra fueron amigas de sus manos. Y su voz se alzaba en las primeras serenatas, cantando en la alta noche las cosas de su predio natal.

Eran varios hermanos. Todos laboriosos, estudiosos, trabajadores. Manuel, uno de los menores, era también estudioso. Pero a las cosas prácticas de la vida agregaba material de sueños. Alzaba los ojos de las sesudas páginas de un libro, para alzarlos hacia el lento caminar de las nubes.

El mes próximo, el día 7 de diciembre, moría en esta capital, Manuel Acosta Villafañe. el día siguiente, Día de la Virgen, 8 de diciembre, a la hora en que la Santa Patrona de su Catamarca era llevada en procesión, en torno de la plaza de la ciudad, los amigos de Manuel llevábamos su cuerpo a la última morada en el Cementerio del Oeste.

Su canción "La flor del cardón" fue quizá premonitoria. La ofrenda que en ella hacía a la Virgen del Valle, de una flor del cardón, vino a cumplirse, siendo él mismo la ofrenda. El canto en flor, alma en flor, hijo de los cerros donde nace el cardón, que se ofrendaba en un 8 de diciembre, ante el altar celestial.

Habiendo cumplido sus estudios secundarios en Catamarca, trabajó en las tierras de sus mayores durante algún tiempo. Amaba la tierra. Su mayor placer era ir hasta ella en las madrugadas, oscuro todavía, y empuñar la manquera para el santo oficio del arar. Más tarde, la siembra; después, la cosecha, y entretanto, el riesgo y la atención inconstante a los frutos de la tierra, logrado en sus afanosas nupcias cotidianas.

Gustándole tanto la tierra, hubo de continuar sus estudios universitarios. Viene a Buenos Aires, en el año 1924. Se inscribe en la Facultad de Agronomía y Veterinaria, en la escuela de Agronomía. Su hermano Carlos, que ve-

nia con él, se inscribe en Veterinaria.

Junto con los libros, traían las guitarras... Y en este Buenos Aires, cuyos primeros tiempos son difíciles, era necesario recordar con fuerza el terruño. Y de tanto recordarlo, en tenidas de canción y guitarra con los compañeros de Facultad, en sus casas o en las bohémicas pensiones de esos tiempos, la música de Santa María poblaba las noches.

Vidalas, zambas, chacareras, gatos, balcecitos...

Resuelve quedarse. Su primera actuación fue por la entonces LOY Radio Nacional, hoy LR3 Radio Belgrano. Tiene éxito. Forma dúo con su hermano Carlos. Pero Carlos ha de irse a Santa María, llamado por la necesidad de atender las cosas familiares. Manuel se queda.

Poco más tarde, más o menos en 1930, debuta en Radio Splendid. Su triunfo es consagratorio. Forma el dúo Calchaquí Acosta Villafañe. Con Carlos A. Gallo, primero. Luego con Enrique Perván Leguizamón, su sobrino. Radio El Mundo lo llama como uno de sus números inaugurales. Y desde los comienzos de esa emisora, la orquesta Calchaquí de Acosta Villafañe tiene un lugar predilecto.

Durante su actuación en las radios, en salones, en teatros o al frente del Club La Salamanca que fundara en Caballito, Manuel Acosta Villafañe tuvo una característica que fue para él irrenunciable: su sentido de la amistad y de la solidaridad humana. Sabía valorar al hombre por lo que él, es en sí mismo. Hacia total abstracción de car-

MANUEL ACOSTA VILLAFAÑE

cumplió en la vida un destino de sembrador

gos o fortunas, cuando se trataba de brindar o regatear su amistad. Cuando a un hombre consideraba amigo, solía darse íntegramente y era su amistad de una insomne guardia de cordialidad y franqueza. Tenía amigos entre los más humildes y los más encumbrados. Cien veces, gracias a su influencia personal ante algún amigo poderoso, logró resolver problemas del amigo humilde. Cuando lo conseguía, era feliz. Era como si hubiera logrado algo para sí mismo. Lo que nunca pidió. Manuel Acosta Villafañe pertenecía a esa casta de provincianos que hacen de su vida un solo noble oficio: el oficio de dar. Nunca llegó a ser hombre de fortuna, quizá precisa-

mente por esto. El dinero le importaba en cuanto puede proporcionar la dicha de los otros. Que era su propia dicha.

Pero continuemos con la historia de su carrera. En 1930 lo llaman de RCA Victor, empresa para la que habría de trabajar hasta los últimos tiempos de su

vida. A su lado se hicieron hombres que más tarde figuraron en la primera línea de los cultores de nuestro folklore. Para no citar más que uno, nombraremos a Sergio Villar, desaparecido ya, que expresaba siempre su admiración por don Manuel, como persona y como folklorista.

**CATAMARCA
Y LA
VIRGEN
DEL VALLE:
SUS
MOTIVOS**



POR LA HUELLA QUE DEJARON...

También aprendió mucho de él su sobrina, Margarita Palacios, que guarda una devota ternura por el hombre que la alentó en todos los momentos y fue feliz cuando la vio triunfar en el difícil camino del arte que había abrazado.

Cuando llegaron tiempos duros para el folklore, don Manuel decide volver a Catamarca. Va a Santa María y se dedica al cultivo de pimientos y tomates en sus predios. Pero la Pachamama le juega una mala pasada. Tras una buena cosecha, llegan dos malas. Y un día lo vemos otra vez por Buenos Aires, diciéndonos, con su bondadosa sonrisa:

—Ya lo ven...; tuve que echar mano de la guitarra para salvar la cosecha...

Se reincorpora al movimiento folklórico. Forma dúo con Juan Ramón Ponce, un buen cantor catamarqueño que más tarde tuvo también su conjunto, "Los arroceros del Ambato". Tras una actuación de éxito en radio y discos, regresa a Catamarca y se entrega con pasión a lo que fuera su sueño: la creación de un museo folklórico. Y la creación de una Casa del Folklore. Mas, la adversidad pudo más que su pasión. Enfermó. Y en las breves alternativas que le daba su mal, continuó cantando y recorriendo pueblos de su provincia. Era como si anduviese despidiéndose. Cumpliendo en los últimos trances de la vida la letra de su tan conocida zamba "Adiós, Catamarca, adiós".

Poco antes, había insistido en su aventura agrícola, con mala fortuna, en las ubérrimas tierras de Tinigasta, en el oeste catamarqueño. Era inexorable. La Pachamama lo quería cantor, no sembrador. Que cantar era también, para su vida, una especie de siembra...

En sus andanzas tuvo una excelente compañera, en su esposa Inés L. de Acosta Villafañe. Los había unido un puro amor y una mutua devoción. Ella lo comprendía y lo alentaba en aquellos momentos en que la angustia solía apoderarse del espíritu de su compañero.

En la casa que tenían en Santa Rosa, cerca de la ciudad de

Catamarca, de don Manuel y su esposa, tenían diariamente la visita de muchos niños, que concurrían para aprender a cantar y a bailar. Don Manuel había formado con ellos un conjunto armónico y rico en posibilidades. Buenos bailarines, buenos cantores y guitarristas, además de actores, iban saliendo de sus manos.

La vida no le había dado hijos, pero le dio miles de niños amigos. Y él, hombrón de imponente aspecto físico, era feliz entre el chiquillerío para el que solía cantar tardes enteras, riendo con ellos y contándoles cosas edificantes para su formación.

Esa fue la vida de este hombre, que hizo huella indeleble, abriendo picadas en las horas difíciles para el folklore. Manuel Acosta Villafañe había nacido el 2 de enero de 1902. Y, fallecido el 7 de diciembre, fue sepultado el Día de la Virgen, 8 de diciembre de 1956.



ZAMBITA DE NOCHEBUENA

Z A M B A

Zambita de Nochebuena
pa'l nifito de Belén,

Bis [cante y baile todo el mundo
[que El acaba de nacer.

La Nochebuena llegó.
Caminito de Belén.

Bis [Ya viene la Mama Virgen
con el niño San José.

Zambita de Nochebuena,
zambita de Navidad;
zambita de los pesebres,
vamos todos a cantar!...

(ahura!)

Zambita de los pesebres,
vamos todos a cantar!...

Zambita de Navidad,
zambita del niño Dios;
Bis [en el portal de Belén
[alumbra mejor el sol.

Zambita de Navidad...
pa vos, mi niño Jesús,

Bis [ya está el lucero alumbrando,
[y el cielo está más azul.

Zambita de Nochebuena,
zambita de Navidad;
zambita de los pesebres,
¡vamos todos a cantar!
¡vamos todos a cantar!

(se acaba!)

Zambita de los pesebres
vamos todos a cantar!...

Letra y música de M. ACOSTA VILLAFANE

LA VIDALA DE LA CULAMPAJA

V I D A L A

Se oye el tum tum de las cajas...

Bis [Diz que llega el carnaval.

Los coyas bajan cantando
del brazo con el "Pujllay";
unos bajan del Atajo,

Bis [otros, del Culampajá.

Silloneando un chivo moro

Bis [viene llegando el "Pujllay";

los changos le prenden cuhetes,
y él ya comienza a cantar...

Que se acaben las tristezas

Bis [¡y que viva el carnaval!

Domingo, lunes y martes;

Bis [miércoles lo han de enterrar...

Ya se van las alegrías

junto con el carnaval,

unos se van pa'l Atajo

Bis [¡y yo pa'l Culampajá!...

Letra y música de M. ACOSTA VILLAFANE

POR LA HUELLA QUE DEJARON

—“¡Zambalegre!”...

Al escucharla es como si estuviéramos ante el alma viva de don Andrés Chazarreta. En esta creación suya, danza que ya está incorporada al acervo musical de nuestro país, ha puesto don Andrés la impresión de su propio espíritu. Era, como la zamba, una pasión dulcificada por auras de melancolía. Pero era también un hombre que sintió plenamente el placer de vivir.

En la aparente contradicción del nombre de la danza, efectuó, sin quererlo tal vez, la propia autobiografía de su corazón.

La Zamba Alegre es eso: una zamba que combina el movimiento natural de la danza normal con un chisporroteo al estilo de chacarera.

Don Andrés Chazarreta, benemérito de Santiago del Estero, aunque oficialmente no se lo hayan reconocido aún, ha llegado a la estatura de patriarca del folklore argentino. Dedicado exclusivamente al cultivo de las expresiones de su predio natal, abrió picada para que todo lo nuestro, desde la baguala salteña a la tonada cuyana y las armonías guaraníes, hallaran eco en el afecto de la metrópoli.

Buenos Aires, que por un justo —o injusto— determinismo histórico ha de ser quien lo consagre todo, aceptó después de mucha brega, la canonización del folklore. Hoy, entronizado en el corazón porteño, hunde más firmes sus raíces en el limo de origen.

Don Andrés fue de los que hi-



ANDRÉS CHAZARRETA:

UN MILAGRO DE LA FE

cieron punta. Y dejaron rastros. Nacido en Santiago del Estero el 29 de mayo de 1876, quizá su canción de cuna fuera alguna vieja zamba, ya perdida, cantada en quichua.

Nació cuando aún no se habían

Maestro de escuela,
sembró zambas
junto al alfabeto

CREYO EN LA MUSICA NATIVA

apagado del todo los retumbos de las montoneras.

Las sombras de los caudillos todavía oscurecían el cielo de Santiago. Fresca estaba la sangre derramada en las luchas civiles. Cuando su nacimiento, gobernaba Santiago del Estero el presbítero Olaechea, impopular pero sostenido por el ejército. Su infancia transcurre entre zozobras de nuevas guerras civiles. Conatos de revolución, galvanizaban al pueblo. Pero ya la organización nacional está en marcha. El

general Roca va a ser candidato a presidente. Algunos lo resisten. Otros, tratan de alzarse en armas.

No obstante, el niño Andrés despierta a un carácter alegre. De inteligencia clara, muy niño aún, ya empieza a trajar la guitarra. Pide y consigue que le pongan a estudiar música, paralelamente con su carrera de maestro de escuela, que la hace en Catamarca. Y en Catamarca, siendo ya un adolescente alumno de la Escuela Normal Regional,

forma sus primeros conjuntos con otros jóvenes y aficionados como él.

Todavía estaban de moda los valeses para las serenatas. Valsecitos criollos, quejumbrosos, con versos dodecasílabos que marcan de por sí el galopito del vals, haciendo desvelar a las muchachas y angustiar a las mamás.

Serenatas de Santiago del Estero... Entre los valeses, alguna zamba sentimental y sugerente, llegaba desde la calle, rasgueada en guitarras y golpeada suavemente en el bombo nativo. La alta noche de Santiago y de cuanta localidad albergaba a Chazarreta, ya maestra de escuela, habría de poblarse de alas musicales que el joven maestro, moreno y espijado, sonriente siempre y siempre gentil, echaba a volar desde su guitarra y desde su corazón.

Alternando la enseñanza del alfabeto con la práctica de la música vernácula, pasó su juventud en su terruño. Actuó en los pueblos de su provincia. También en Tucumán, en Catamarca, en Salta. Y en todas partes recibía el conmovido aplauso de quienes sentían despertar en su espíritu el amor que en el de Chazarreta no se había dormido nunca. Su tránsito constante por pueblos y caminos de la tierra noroeste hizo el milagro de despertar guitarras, de alertar los bombos y hacer estirar las guatanas de las caías carnavales. Volvió la música al noroeste, atraída por el ensalmo de este provinciano moreno, de ascendencia vasca, pero de alma india.

Cuando iba a cumplir los cincuenta años, se anima a la gran aventura. Decide enfrentarse con la Gran Ciudad. Con Buenos Aires, nada menos. El prestigio ganado en provincias había llegado a Buenos Aires, precediéndola. Sin embargo, no fue fácil su triunfo.

Aquí como siempre, dominaba lo extranjero en materia de gustos musicales. Los "shimmies", "fox trots" y otras epilepsias musicales estaban de moda en nuestra ciudad. Hasta el tango había pegado un reculón en el gusto ciudadano.

El dúo Gardel-Razzano había despertado el gusto de un sector del público por las canciones camperas. Camperas a la manera ciudadana, claro, pero que abrían una rendija de luz hacia las cosas que eran de adentro del país.

Y DEDICO SU VIDA A ELLA

Llega don Andrés Chazarreta al frente de su Gran Compañía de Arte Nativo.

Su presentación estuvo bien organizada. Una hábil publicidad llamó la atención acerca de esta gente nueva, que traía algo nuevo para la ciudad. Y en verdad, para la ciudad, era nuevo esto que era lo más viejo del país: la canción nativa. Por primera vez Buenos Aires oyó el lloro de las queñas en el escenario del Politeama. El primero en alertarse ante la aparición de esta música que les entraba por la sangre y de estas danzas comunicativas, fueron los espectadores del sector popular. La propaganda de boca en boca, lo hizo todo. Buenos Aires se allegó al Politeama. Y los que poco antes habían delirado de entusiasmo con el jazz, estaban absortos ante esto, que desconocían y que les llegaba desde los fondos de su propia casa...

Danzas viejas como el Pala-

Pala y el Lianto, resurgieron entre los aplausos vivos de un público que iba una vez y volvía muchas más a la platea. Así lanza Chazarreta en plena calle Corrientes a revolver pañuelos sobre la ondulante quebrada de los tangos, sus zambas como "La Atamigueña", "La Boliviana", "Flor del aire". Y muy pronto, zambas, chacareras, gatos y valeses criollos anduvieron en la canción o el silbo callejeros de la gran ciudad: "La Loretana", la "Zamba de Vargas (recopilación y arreglo de este Himno Nacional santiaguense)", "El sombrero", "9 de Julio", "Santiago del Estero", la "7 de abril"...

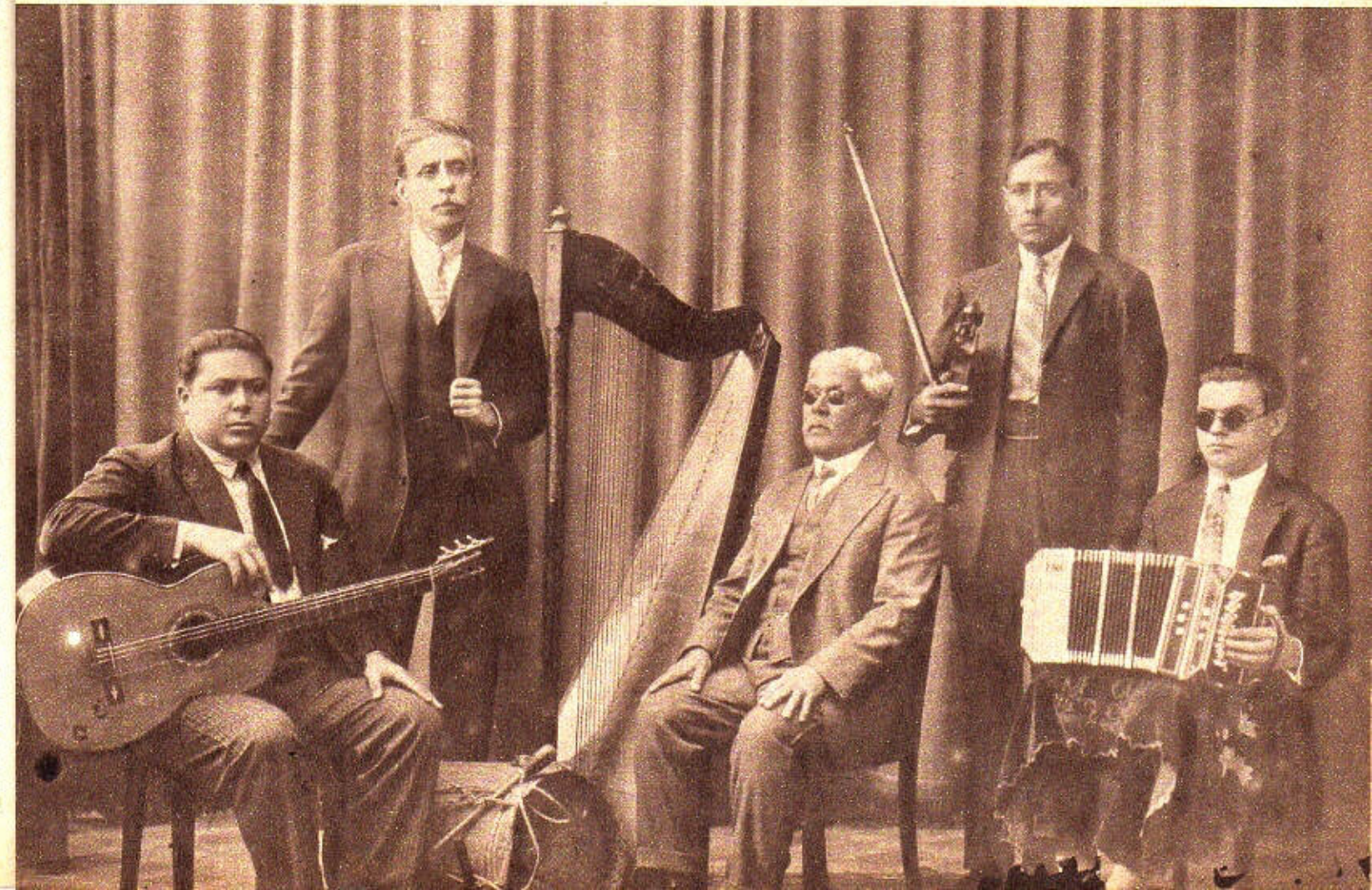
La radiotelefonía, que empezaba a hacer furor, lo reclama. Y ya a Chazarreta, después de uno o dos viajes a Santiago del Estero, se le va haciendo difícil regresar a Buenos Aires. Había traído también una voz femenina: Patrocinio Díaz, que en su

momento compartió cartel de calidad con la propia Liberta Lamarque, estrella de la canción ciudadana. Luego llega Martha de los Ríos y más tarde otras que habrían de mantener en la melodía de sus registros femeninos el aire eterno de las canciones de nuestra tierra.

Chazarreta sigue en la brecha. Lo vemos aún: delgado, moreno oscuro, blanco el pelo y blancos los bigotes, con su sonrisa permanente, su ponchito al hombro y el cadencioso decir en su tonada santiaguense.

Todos los días, Chazarreta vuelve a nosotros en el rumor de sus canciones, propaladas continuamente. Y es como si retornara él mismo, se sentara frente a nosotros, agachara la cabeza sobre el diapasón de la guitarra y mientras su izquierda se crispa en el diapasón, su derecha va a atacar. Pero antes ataca su voz, mandando:

—"Chacarera doble!"...



POR LA *Yuella que dejaron...*

HILARIO CUADROS

VIVO
FERVOR
CUYANO



Cuyano de alma, durante muchos años de dura lucha Hilario Cuadros consagró la canción de su terruño natal



HILARIO Cuadros —casi lo estamos viendo— sonre siempre, sus ojos brillaban siempre, alegres como el brillo de la uva recién visitada por la lluvia. Su sonrisa era un “afiche” de su generosidad. Era bueno con todos. Y amigo de todos los que le conocían.

Su palabra, ligeramente ceceosa entre sus dientes raños, solía dar a su gesto un algo añiñado. Un toque de inocencia. Una invitación a la confianza. Que por otra parte, Hilario jamás desmentía. Tenía, de verdad, un alma de niño. Una pura confianza en todos y especialmente en el porvenir, que le permitió sobrellevar años de lucha, de esa lucha más amarga aún porque se hace cantando. Que es la forma de luchar de los que llevan, como llevaba Hilario Cuadros, un pájaro dentro del corazón.

Había nacido en Guaymallén, la víspera de Nochebuena de 1902. Pocos meses más joven que aquel otro cantor montañés que iba a ser uno de los más entrañables amigos de su vida y a quien siguió en un lapso de 24 horas, en el viaje a la eternidad: don Manuel Acosta Villafañe.

Don Manuel fue sepultado el día de la Virgen del Valle. Hilario Cuadros murió el día de la Virgen de la Carrodilla. Ambas, representaciones de la Virgen María, a la que ambos habían dedicado el fervor de sus vidas.

Adolescente aún, alternaba sus obligaciones de estudiante con los andares de la guitarra y la canción. Lo hacía tan bien, que por Mendoza comenzaba a hablarse de “El Chilenito”, apodo que tuvo desde chico, por razón de su padre chileno, aunque su madre era argentina y él, nacido en Guaymallén.

En 1926 el muchacho ya era bien conocido como cantor y bailarín de cuecas, a más de afortunado verseador, que empezaba ya a cantar cosas propias.

Su hermano Juan Guillermo lo apoya y es su mejor y más entusiasta admirador. Forma dúo con Domingo Morales. Canta en Mendoza. Lo solicitan desde San Juan. Un periodista porteño que los oye, comenta en su diario que ha oído las mejores cuecas y tonadas del dúo Cuadros-Morales, agregando que son verdaderos trovadores de Cuyo. De ahí les

HAMBRE Y TRISTEZA, LOS DISOLVIA EN UNA TONADA

MAS DE UN CUARTO DE SIGLO LUCHO POR CUYO



En la fotografía aparecen los integrantes del primer conjunto que formó Hilario Cuadros, cuando debutó en un cine de la calle Florida. Sus componentes eran Domingo Morales, Alberto Quini y Roberto Puccio.

quedó el nombre que Hilario Cuadros llevaría ya para siempre con su conjunto: "Trovadores de Cuyo".

El dúo Cuadros-Morales deja Cañadita Alegre, el barrio donde había nacido al mundo de la música. Y se viene a Buenos Aires. Ya son más: se integra el conjunto con Roberto Puccio y Alberto Quini. Se presentan en el Gran Cine Florida. También en el teatro Casino. Conocen los primeros aplausos porteños. Suenan con la radiotelefonía. Entran en ella.

La paga es mala, pero la gloria se agranda. Buenos Aires no le es indiferente del todo a Los Trovadores de Cuyo. Pero los empresarios, sí. Era el tiempo en que "lo gaucho" no interesaba. Zambas y vidalías, gatos y chacareras, no llegaban al corazón empresario. Al público, sí. Pero siempre en la escasa medida en que los dueños de las radios o de los salones de espectáculos o los de grabadoras de discos, lo permitían. Para ellos, era mejor negocio lo extranjero. Se barnizaban de cultura...

Actuaron en una radio, con buen éxito de público. Pero la actuación concluye bien pronto. Deben

dejar el micrófono. Y son reemplazados por un conjunto extranjero. Tiempo después, cuando Hilario Cuadros llega al país extranjero de donde provenían sus reemplazantes —que seguían actuando—, se les dijo que solamente podrían trabajar una semana, por no permitir más las reglamentaciones locales que defendían lo nacional...

Buenos Aires ya cantaba su cueca "Los sesenta granaderos". Y se silbaba en las calles. Que es el índice de su consagración. Con todo, tuvo que regresar a Cañadita Alegre, desde su rincón a la sombra de la cordillera madre. Cuatro años permaneció, no vencido sino juntando esfuerzos para seguir la brega.

Quini, se desvinculó del rubro, para dedicarse a trabajos menos líricos pero más remunerativos. Cuadros, decidió seguir. Rehace sus filas y emprende una gira llevando el mensaje de Cuyo por las hermanas provincias andinas: San Juan, La Rioja, Catamarca, Santiago del Estero, Tucumán, Salta y Jujuy, los reciben y los aplauden.

Este triunfo en tierras de los que saben gustar la música y diferenciar lo bueno de lo falso, los anima

a tentar de nuevo la aventura en Buenos Aires. Con el viejo compañero Morales, con Luciano Senra, José Herrero, Benjamín Miranda y Carlos Galán, se allegan otra vez a Buenos Aires.

Y da la buena suerte que encuentran a un vasco amante de lo argentino. Este vasco era dueño de una broadcasting. Los oye y los contrata. No sólo eso: en horas de actuación de Los Trovadores de Cuyo, este buen vasco deja su oficina y va hasta la sala de transmisión para escucharlos. Este hombre que ha hecho mucho por lo argentino desde Radio Félix, es don Gregorio Chevarría. En su broadcasting de la calle Santa Fe, lanzó al aire voces como la pampeana de Virginia Vera y la noroestica de Martha de los Ríos.

A "Los sesenta granaderos", siguen más canciones: "Mi terruño", "Mendoza, tierra querida", "La canción de los arrieros", "Los últimos gauchos", "El sargento de Ayacucho", "Mujer ingrata", "La monjita", "La canción del jarillero", "Virgen de la Carrodilla", "El héroe de Chancay", "Flor de mis viñedos". Con Arancibia Laborda, compone la cueca "Mi patrona generala" y con Marcos López, director del conjunto Los Troperos de Pampa de Achala, compone la cueca "Bandera de los Andes", "Flor de Guaymallén", "A Martina Chapanay", el vals "Azul... azul", son otras creaciones suyas en que canta a la patria, al amor y a su predio natal.

Al trasponer 1950, Hilario Cuadros sufrió un serio revés en su salud.

Andaba escaso de medios económicos —como siempre— y se realizó en Mendoza una campaña para ayudarlo. Con el "slogan" de "Hilario lo necesita", se juntó bastante dinero en festivales y otros actos a los que ningún artista escatimó su presencia. Tuvo de todo, sanatorio, operación, descanso, convalecencia. Es que el espíritu argentino, volvía de nuevo a ser solidario con quien, a fuerza de canciones, se había hecho acreedor a su gratitud.

En 1956, mes de diciembre, día 8, en Buenos Aires, ciudad a la que tanto había querido, Hilario Cuadros se va, físicamente, a los reinos del eterno silencio. Pero queda, vibrando en los aires de la patria, el eco de sus canciones, la voz de sus discos. Y su música, que sigue tiritando en todas las guitarras.

LA ESTRELLA BRILLANTE

TONADA

Tú eres la estrella brillante
Lucero de resplandor.
Y con tus hermosos ojos
Me has robado el corazón.
Mi alma la siento alejar
Triste de tanto sufrir.
Si en el mundo no he de amar
Mil veces quiero morir.

El corazón lo has robado
Y no lo puedes negar.
Y si no me das el tuyo
Solito me he de quedar.
Cansado ya de sufrir
Cansado ya de pensar,
Busco un alivio a mis penas
Y no lo puedo encontrar.

Anda ingrata pero advierte
Que de mí te has de acordar.
Cuando remedio no tengas
Te has de poner a llorar.
Hoy canto para olvidar.
Canto para no sentir
Las penas que por amar,
Tengo siempre que sufrir.

HILARIO CUADROS

COCHERO E' PLAZA

CUECA

I

Bis (Cocheo cuánto me cobra
(por llevarme hasta la casa
de mi comadre Paulina
que vive en la vereda alta
no piense en lo que me cobra
porque el chino anda con plata.
Anda el carro culatero
por catar vinos y grapas
se me ha calentao el pico
y hoy ni San Pedro me para.
Yo veo en usted, amigazo,
que ganitas no le faltan.
Allí le iremos pegando
a la cazuela, empanadas,
tortitas con chicharrones
y aceitunitas saladas,
a los "güesitos" picantes,
al vinito y la pichanga.

II

Bis (Usted me lleva cocheo,
(ella vive a veinte cuadras,
tiene un par de ojitos pardos
que cuando miran atrapan.
Si usted gusta acompañarme
no es tan larga la distancia.
Baillaremos unas cuecas
y cantaremos tonadas
con algunos "cogollitos"
y a dúo si me acompaña,
pa' que don Ramón Romero,
de bigotera y polaina,
Que le parece cocheo,
palabra cumplimentada,
baje pronto la capota
y hasta que Dios diga basta,
con requinto y con guitarra,
ya está la pavita hechada.

HILARIO CUADROS

POR LA *Huella que dejaron...*

BUENAVENTURA LUNA

COPLERO Y ANDARIEGO



BUENAVENTURA Luna, para el folklore; Eusebio Dojortí, en la papeleta cívica, vivía de acuerdo al lema que tenía su periódico sanjuanino, "La Montaña": "Aprende como si fueras a vivir siempre; vive como si fueras a morir mañana".

Así fue la existencia de Buenaventura Luna: un puro aprender, y un fuerte vivir. Nacido en El Huaco, en San Juan, a los 16 años de edad ya se había caminado medio país. Desde el mundo petrolero de Comodoro Rivadavia hasta el universo de la madera de la selva salteña.

Amaba la montaña, porque de ella aprendía la eternidad de la piedra. Amaba la pampa, porque en ella entraba en el interminable abecedario de la distancia.

Buenaventura Luna iba sembrando coplas. Era un coplero de ley. Y en el difícil arte poético de las coplas iba, de paso, dejando también su experiencia. Sobre todo, la experiencia sentimental, que le hizo decir una vez:

*¡Qué linda cosa el querer!...
¡Quién me pudiera volver
aquella dicha perdida!
Nada hay más bello en la vida
que el mirar de una mujer...*



BUENAVENTURA LUNA Y "LOS MANSEROS DE TULUM"

SU PASION: APRENDER Y CONTAR LO QUE APRENDIA

Otra vez, aquerenciado a un amor, que tal vez no alcanzaba a comprender al poeta, le confiesa:

*Es una ciencia el querer,
de muy matrona fortuna:
el que es fuerte, quiere a una,
y a su gusto se acomoda;
el flojo las mira a todas,
y no es feliz con ninguna.*

Sabiduría que parece aprendida en el filósofo de la pampa, José Hernández.

Buenaventura Luna dejó en la huella el rastro inolvidable de su Tropilla de Huachi Pampa, que empezó su actuación en Radio El Mundo, allá por el año 1937.

Venía cargado de experiencia. Sabedor de lo criollo, fue generoso en la dádiva de sus conocimientos. Escribía sus propios libretos. Y su voz serena y bronca, pausada y sentenciosa, fue una visita querida en todas partes donde su audición era escuchada. Y a tal punto lo era, que

había logrado verdadero récord de audiencia en su tiempo.

Llegado a Buenos Aires, comenzó con su Tropilla. Pero sin preocuparse por alcanzar la fama. Vino a decir sus cosas, nada más. Pero las dijo tan bien, que hasta hoy no puede señalarse otro impacto en la emoción popular como la que le proporcionaba la voz cansina, pero con sobria energía criolla, de Buenaventura Luna.

Su libro predilecto era el *Martín Fierro*. Y el espíritu del gau-

Su poesía tenía raíz en los cerros sanjuaninos

cho se le entró a Buenaventura Luna. De ahí, quizá, el tono sentencioso con que hablaba y ese equilibrio con que solía razonar en las conversaciones con amigos y aun en las disputas y controversias.

Amador de la vida, no se apartó jamás de lo que era vital para él: la canción y la música. Entre sus más firmes amistades contó con la de Eduardo Falú, a quien ayudó cordialmente en sus comienzos. Falú no había alcanzado aún a los treinta años de edad, cuando Buenaventura lo incorporó a su corazón, afectivo, generoso. Luchó por su amigo y lo impulsó, destacando los valores que lo adornaban como gran guitarrista y como auténtica expresión de lo argentino. Falú, genuinamente salteño —y con esto se dice también genuinamente amigo—, correspondió a la amistad y al afecto de Buenaventura Luna. Eran dos amigos inseparables, y más de una vez firmaron esa amistad con sangre de racimos ante la mesa criolla y decidora.

Hombre de lucha, Eusebio Dojortí fue político. Pero caudillo auténtico, que concitaba junto a sí a sus amigos por la gracia de sus propios valimientos. Era democrático pero no incurrió jamás en la demagogia.

Su diario fue clausurado en 1932 —si mal no recordamos—, y él, secuestrado por sus enemigos políticos. Conducido a la montaña, que él conocía como la palma de sus manos, logró evadirse, y de San Juan pasó a Mendoza, por caminos de arriero.

En su favor se levantó un clamor nacional. Poco más tarde abandonaba la política. Para dedicarse entonces a hacer cierto el lema de su diario, de aprender viviendo y vivir aprendiendo.

Luego de su actuación con La Tropicilla de Huachi Pampa, se alejó del micrófono. Volvió a su trajín andariego, para retornar, después de algún tiempo, a Buenos Aires con "Los Manseros de



Tulum". (Los "manseros" son los arrieros o troperos sanjuaninos.)

Una enfermedad que venía castigándolo desde hacía mucho, en 1954 hace crisis. Lo lleva casi al borde de la muerte. Pero le deja tiempo para reaparecer.

Fue tal su amor a la vida que nunca tuvo temor a la muerte.

La vio llegar. Y la aguardó con un poema al que tituló "Canto final", encabezado por un patético "envío" que dice:

*Aunque el dolor me anegue
no he de estallar en llanto:
cuando la sombra llegue
le entregaré este canto.*

Y su "Canto final", dice:

*Si en la hora final ya me consumo
sabiendo como sé, que nada alcanza
para colmar en vida la esperanza,
que todo lo que vi, tan sólo es humo.*

*Si fue vano el gemir en la querrela
la risa inútil y el desvelo largo,
no es tan triste el morir, no tan amargo
el tránsito supremo hacia la estrella.*

*Si la rosa de aquella primavera
yace en el fango, en fango convertida
a los aires se fue desvanecida
en aire y luz, el ave prisionera...*

La vida apasionada de Buenaventura Luna se apagó el 29 de julio de 1955, a menos de dos meses de la liberación de su patria, con la que tanto había soñado.

LA NOCHE

CANCION

I
*¡Ay, corazón,
qué sombra te va envolviendo
cuando se cierra en los valles
la oración!*

*Y en soledad,
¿qué estrella guíarte puede
si amortajada de luna
la noche está?*

*Noche sin horizontes;
alba sin esperanza;*

*noche de inmensa calma,
me ciega el alma
tu claridad;
y se alza al infinito,
muriendo, el grito
de mi ansiedad.*

II
*¡Ay, corazón!,
rodando cayó la luna,
y yo me quedo en las sombras
con tu aflicción.*

*Cielito azul,
descanso de toda pena*

*cuando se muestra, piadosa,
la Cruz del Sur.*

*Noche de azules sombras,
si no veré la aurora
que milagrosa y bella
fije una estrella
tu eternidad;
porque, desesperado,
sé que a mi lado
no vuelve más.*

Letra y música de:
BUENAVENTURA LUNA

VALLECITO

Letra y música de BUENAVENTURA LUNA

Vallecito de Huaco, donde nací,
sombra del fuerte abuelo que ya se fue;
Bis (a tu mismo viejo quiero volver,
hoy que de amarga vida probé la hiel.

Lejos de ti,
de mi querencia,
me paso llorando ausencias,
me paso llorando ausencias.

(Recitado)

Cuando me doble el cansancio de mis afanes perdidos, he de tornar a la sombra de tus viejas arboledas, al frescor de mis aleros, a la paz de tus sembrados, al oro de tu poniente cuando prolonga la tarde su agonía entre las lomas, y al fogón de tus pastores envejecidos de invierno, entre cantos de cencerros y quejumbres de vihuelas, con el ¡ay! de las tonadas y en callada mansedumbre, como quien se va durmiendo, quiero morirme sonriendo bajo la luz de tu cielo. Acaso cierren mis ojos las piadosas manos de alguna vieja huaqueña, de negro rebozo pobre y antiguo credo cristiano.

Te canto, vallecito, por recordar
tus verdes alfalfares, mi huerto en flor,
Bis (el oro de tus trigos, el manantial,
(y la lejana estrella que él reflejó.

Lejos de ti,
de mi querencia,
pobre de mí,
me paso llorando ausencias,
me paso llorando ausencias.

POR LA *Huella que dejaron...*

JULIO ARGENTINO GEREZ

y su gloriosa humildad



S IEMPRE estaba, con su aire triste, su melancólica sonrisa y esa su eterna cordial benevolencia para todos, ante una mesa del bar de Talcahuano y Corrientes, ese buen santiagueño, excelente camarada, gran músico, compositor y tranquilo libador que se llamaba Julio Argentino Gerez.

Gerez —él escribía su apellido así, con G—, tenía esa profunda dulzura provinciana, mitad dubitativa esperanza, mitad confianza en la vida.

Julio Argentino —su padre era un roquista irreversible—, llamado así como homenaje a Julio Argentino Roca, dos veces presidente del país y afianzador de la conquista del desierto, fue desde niño un espíritu contemplativo.

Cuando tuvo 15 años, le llegó a las manos la primera guitarra. Comenzó como jugando. Pero el milagro de la música se hizo en él. Y desde que sacó en el encordado las primeras melodías, no abandonó más el instrumento.

Sus hermanos estudiaron. Lograron su carrera profesional. Pero Julio Argentino, abrazado a su guitarra, le entregaba su emoción esperanzada.

Vio pasar a su vera a los otros compañeros, distinguiéndose en el comercio, en la industria. Pero Julio Argentino seguía fiel a lo suyo.

Un buen día fue a la estación de La Banda. Tenía cinco pesos en el bolsillo. Estudió la lista de pasajes, el horario de trenes, y con un pasaje de cinco pesos hizo su primer viaje al Sur. Llegó hasta donde alcanzó

el dinero. Ahí se detuvo. Y ahí enfrentó a la vida, por primera vez.

Acababa de dejar el hogar de sus mayores y se disponía a la lucha.

Tenía el arma bajo el brazo: su vieja guitarra. Su voz de cantor y su inspiración poética la dotarían de munición...

Su sueño era llegar a Buenos Aires. Anduvo conociendo mundo, y, como él mismo decía: "Correr mundo es duro, pero enseña". Gerez aprendió mucho. Aprendió ante todo la música de los lugares por donde transitaba. Así, apenas cumplidos los 25 años, llegó a Buenos Aires. Y pasó aquí una vida dura, de lucha y de sacrificios, hasta que en 1927, cuando se produjo en la ciudad un interés por las cosas folklóricas, entró en la radio.

Pero, para desgracia suya, no lo dejaron hacer folklore. Comenzó su actuación como cantor de tangos.

Cantaba bien. Tenía hermosa voz. Y su acento santiagueño, aun en la canción, daba a los tangos un no sé qué de exótico, que gustó.

A los tangos ni siquiera los ensayaba. En las horas de descanso de su trabajo en la radio, ensayaba lo suyo. La música nativa. Como trepado en ella, regresaba a sus pagos, oía las cosas queridas, andaba caminos viejos, asomaba su recuerdo a la puerta de los ranchos, ponía de nuevo el oído a las canciones que arrullaron su niñez y alentaron su adolescencia.

Dos años más tarde, en 1929, nace "La engañera". Fue su gran triunfo. Pero Gerez nunca estuvo entusiasmado con su zamba, a la que alguien llamó "La cumparsita" del folklore. Una vez, en aquel bar de Talcahuano y Corrientes, que aún existe y es frecuentado por gente de la farándula, nos decía:

—La música es de zamba. Pero en la letra me salió el tango... No es lo que yo quería... Pero qué se le va a hacer. Hay que aguantar el exitito, como si fuera merecido...

Tras de redimirse de ese éxito. Aparecen "Añoranzas", "Baguala", "Camino de Buenos Aires", "Amaruras"... y su gran éxito: "Noche, noche..."

Trabaja con ardor. Le brota la música. Mas piensa en su tierra, cuando la ciudad parece absorberlo con más intensidad. Es entonces que escribe. Música y letra suyas, casi siempre. Llega a tener cerca de un centenar de composiciones. Pero él, cuando cantaba, no se limitaba a cantar solamente lo suyo. Hacía lo ajeno con más voluntad. Y a él, a su tesón, se debe el éxito de "Debajo de la morera", de Virgilio Carmona. Julio Argentino trabajó esa zamba con todo su entusiasmo, más que si fuera su propio autor.

Así transcurrió la vida de Julio Argentino Gerez. Humilde, pero florecido de bellas cosas. Generoso hasta la abnegación, siempre estaba dispuesto a darlo todo. Jamás pedía nada. Tanto que Corsini mismo, en la época de su apogeo, le pidió personalmente la zamba "Tardcecita norteña", de la que hizo un suceso.

Después de 40 años de lucha, sin regresar a Santiago como músico, decide regresar. Lo hace al frente de un conjunto de diez ejecutantes, para actuar en espectáculos de primera categoría. Recibe así la consagración en su propia provincia. Esto era su sueño. Ya lo había cumplido. Un año más tarde, con la sonrisa gozosa, entra en la eternidad y nace para el recuerdo de todos los que tanto lo quisimos. Su música lo sobrevive, incorporada ya a lo clásico del folklore argentino. Y es eso: musical y poética, la huella que dejó su paso por la vida, don Julio Argentino Gerez.

AÑORANZAS

De JULIO JEREZ

Cuando salí de Santiago todo el camino lloré.
Lloré sin saber por qué, pero si les aseguro
que mi corazón es duro pero aquel día aflojé.

Dejé aquel suelo querido y el rancho donde nací,
donde tan feliz viví alegremente cantando,
en cambio hoy vivo llorando igualito que el crespín.

Los años ni la distancia jamás pudieron borrar
de mi memoria apartar y hacer que te eche al olvido,
¡hay mi Santiago querido, yo añoro tu quebrachal!

Mañana cuando me muera si alguien se apiada de mí,
llévanme donde nací si quieren darme la gloria
y toquen a mi memoria la doble que canto aquí.

En mis horas de tristeza siempre me pongo a cantar:
¡Cómo pueden olvidar, algunos de mis paisanos,
rancho, padre, madre, hermanos con tanta facilidad!

Santiagueño no de ser el que obra de esa manera.
Despreciar la chacarera por otra danza importada,
eso es verla mansillada a nuestra raza campera.

La otra noche a mis almohadas mojadas las encontré,
mas ignoro si soñé o es que despierto lloraba
o en lontananza miraba el rancho aquel que dejé.

Tal vez en el campo santo no hay un lugar para mí;
paisanos, voy a pedir, que cuando llegue el momento,
tírenme en campo abierto, pero sí donde nací.

CHACARERA

POR LA *Muella que dejaron...*

NESTOR FERIA

UNA LUCHA, UN TRIUNFO Y UN DOLOR



COMO CASI TODOS,
PAGO SU EXITO EN
CUOTAS DE HAMBRE

Le gustaba tanto el campo, que el color del campo se le había pegado a los ojos. Por eso, cuando Néstor abría los ojos y se quedaba pensativo, mirando a la distancia sin medida que suele tener la vista, cuando recorre caminos del recuerdo o del ensueño, en sus ojos se retrataba el verdor de la gramilla y de los tréboles.

Néstor Feria era al mismo tiempo un creador y un sembrador de amistad. En vida, se había dado entero a los amigos. Tanto, que cuando anduvo en las buenas —tras largos años de penurias—, andaba como buscando a alguien que necesitara, para correr en su ayuda. Esta siembra de amigos, dio su cosecha. En los últimos tiempos del cantor, cuando el mal que lo llevó a la tumba había comenzado por herirlo en lo que era su medio de vivir: su voz, fueron los amigos quienes no lo abandonaron. Ni en Montevideo, donde pasó los primeros tramos del mal, ni en Córdoba. Ni en Buenos Aires, donde para no dar gastos prefirió internarse en un hospital “cerca de los pobres, donde he vivido lo mejor de mi vida”. Siempre tenía amigos junto a sí.

En ellos, Néstor deshojaba de nuevo el almanaque. Estaba el amigo viejo, con el que recordaba cosas de caballos, cuando su mocedad por los “studs”. Nunca olvidó los pesos de Ismael Vignoli, cuando se los dio por haber ganado una carrera jineteando un flete llamado Indio. Con esos primeros pesos, compró su primera guitarra. Ya era feliz. Y decía: “Bienhaya los que sueñan con una guitarra, porque tienen la esperanza de realizar el sueño...”. Feria soñó muchas otras cosas. Pero fue la guitarra su primer sueño, su primera pasión, su amor primero. Que le duraron toda la vida.

Había nacido en el pueblo de Fray Marcos, en el Uruguay.

Antes de tener la guitarra, ya era cantor. Cantorcito, más bien, pues andaba por los 14 años. Con la guitarra,

LOS CANTOS GAUCHOS
FUERON SU “TROPILLA
DE UN PELO”...

amplió su repertorio de canciones. Tres estilos de Elías Regules, que eran su crédito, se ampliaron a más.

Y en 1911, teniendo 17 años de edad, atraviesa el río y se viene a Buenos Aires. Y viene a parar en casa de un criollo de pura ley: Martín de los Santos, que a más de darle techo, le dio otra cosa mejor: fe en la vida. Porque Néstor Feria venía no sólo de su patria, sino también de un dolor. Poco antes había perdido a su madre. Y, ya hombre, pasados los 50, cada vez que recordaba la pérdida de su madre, comentaba: “Fue la primera vez que sentí el desamparo y la soledad. ¡Sólo Dios sabe cómo no me quedé ahí mismo, junto al cuerpo de mi muerta querida!”.

Buenos Aires, como a todos los que llegan con un sueño nada más en las alforjas, le muestra el rostro de la indiferencia. Aquí, es necesario luchar para ser alguien. La lucha limpia es más larga, pero el triunfo es más durable. Eso fue lo de Néstor Feria. No venía a desalojar a nadie, sino a pedir un lugarcito para el canto criollo. Un lugarcito para lo gaucho, en tiempos que “lo gaucho no interesaba”. Era un coraje. Una temeridad. Un atrevimiento que había que pagarlo con el hambre. Néstor Feria, resultó buen pagador...

Pero algún día habrían de llegar las horas buenas. Comienza a cantar en una radio. Gusta. El público oyente se sorprende de esa voz nueva en los altoparlantes. A esto, desde 1911, habían pasado 20 años desde su arribo a Buenos Aires. Las cuotas de su pago, fueron largas...

Radio Mitre... Luego, una gira con Fernando Ochoa,

gauchito buen mozo en quien se adivinaba la rastra bajo el “smoking” blanco y la púa mordedora de las espuelas en el contrafuerte de sus zapatos de charol. Con Fernando Ochoa, enfrenta Néstor Feria a la gente del interior argentino. Lleva como número fuerte la milonga “En blanco y negro”, versos de esa temeridad de poeta y hombre y gaucho que es Fernán Silva Valdés. “Tengo tropilla de un pelo...” Y la canción se quedaba en labios paisanos. “...como llevando pa siempre, enancada una luz mala...”

El, y su guitarra. Los dos solos. Siempre los dos, frente al destino, con el que ya iban emparejando deudas.

Conoció poco más tarde los halagos de la fortuna. Que para él no eran otra cosa que aumentar la medida en qué podía hacer la dicha de los otros. Actúa en el teatro Nacional, con Pablo Carcavallo. Realiza una gira por el interior del país. Y Buenos Aires casi lo pierde de vista, ocupada como está la ciudad en mirar hacia el Este. Regresa después de nueve años. Siguen los éxitos. Ha conocido el nordeste argentino, de cuya magia vuelve impregnado. El, cantor de la pampa, siente no haber conocido de niño ese portentoso arcón de mitos, ese trasmundo del ensueño que son las montañas y los valles. Encuentra en Buenos Aires las puertas abiertas. Ya tiene derecho a elegir las horas de sus programas. Radio Belgrano le ofrece las mejores. Y en esa casa, donde lo habían recibido siempre bien, aunque dándole horas de la mañana para su actuación, ahora lo reciben mejor.

Y justamente entonces, cuando la voz de Néstor Feria, cálida y humana, poderosa de sentimiento, varonil y nostálgica a la vez, inundaba la emoción de Buenos Aires, el mal que acechaba dentro de él, da su zarpazo. Debe suspender sus transmisiones. Y comienza el deambular al revés. Y empieza a desandar lo andado. No ya en la fortuna, sino en la vida misma. Hasta que, rodeado de amigos que lloran sin contener su emoción sobre la plácida serenidad de ese rostro amigo, dejó de existir a la hora 1 de la madrugada del 26 de septiembre de 1948.

Y así se fue Néstor Feria, al frente de “su tropilla de un pelo”, pero llevando ahora él mismo, “una estrella en la frente”...

